

Espacio urbano, memoria colectiva y la vida cotidiana



Gabriela A. Victoria Jardón
Licenciada en Urbanismo (UNAM) y
Maestra en Estudios Urbanos (UAM)

Jorge Morales Moreno
Sociólogo (UAM), Maestro en
Arquitectura (UNAM) y profesor
investigador en el Área de Estudios
Urbanos (UAM/A)

DOI: <https://doi.org/10.24275/QTVZ8477>

Resúmen

El tema central de este artículo es el espacio urbano enfocado en su dimensión cualitativa. Revisa diversos autores que lo abordan descentrado de sus dimensiones físicas y geométricas, fuera de los discursos topográficos y arquitectónicos. Así, el espacio urbano es revisado aquí como el contexto donde se lleva a cabo la acción humana, el escenario de la acción social que tiene sentido por el contexto espacio-temporal en el que se enmarca. Sostiene que este tipo de perspectivas, que dan prioridad a temas como la vida cotidiana, memoria colectiva, representaciones sociales, cultura y lenguaje, irrumpieron en los análisis de lo social y la historiografía con la emergencia del giro lingüístico, una revolución conceptual que dirige la mirada en los aspectos del lenguaje, la interacción social, la intersubjetividad, el discurso y la trasmisión de la memoria por medios no necesariamente escritos. Dividido en dos apartados, en el primero realiza una caracterización del así llamado giro lingüístico, subrayando los paradigmas teóricos metodológicos que confrontó en su momento y resaltando el tema de la memoria (historia) que puso a debate; mientras que en el segundo enfoca el tema de la vida cotidiana a través de tres autores que lo desarrollan desde diversas perspectivas que tienen en el lenguaje a un denominador común.

Abstract

This paper focuses urban space in its qualitative dimension. It is a revision of some authors who focus urban space out of its physical and geometrical contents and out of the topographical and architectural discourses. So, urban space is approached as the context where human actions happen, as the social action's scene that has sense because of its historical and spatial framework. The paper argues that this kind of theoretical perspective, which brings new themes as daily life, collective memory, social representations, culture and language, has emerged in the academic debate thanks to the so called "linguistic turn", a conceptual revolution which underlines topics linked to language, social interaction, intersubjectivity, discourse and memory transmission through non written means. It has been divided in two chapters: the first one describes and analyzes the impact of the linguistic turn in the traditional social sciences paradigms, especially in history; and the second one goes around the theme of daily life, reviewing three different authors where the common point is language.

Espacio urbano, memoria colectiva y la vida cotidiana

Introducción

Desde los tiempos del llamado *giro lingüístico*¹ mucho se ha hablado sobre el carácter cualitativo del espacio urbano. Descentrado de sus dimensiones físicas y geométricas, el espacio urbano pasó de la topografía o la arquitectura al *contexto* donde se lleva a cabo la acción humana, al *escenario* de la acción social que adquiere significado en tanto soporte de una trama de significados. Esta *valoración cualitativa* del espacio resalta el papel activo que juega en el “teatro” de la acción humana, pues así como no hay acción sin lugar (sitio, espacio, *locus*), tampoco tiene sentido un estudio del espacio urbano desprovisto de las *acciones e interacciones* que en él se suscitan.² Por su propia naturaleza el espacio urbano es social, condición que explica su inmanente carácter público.

¹ Según Ana Soage (2006: 46), “la crisis del positivismo y la influencia creciente del estructuralismo, el post-estructuralismo, el marxismo y el psicoanálisis a partir de los años sesenta y setenta del siglo XX provocaron el denominado “giro lingüístico” en las ciencias sociales, caracterizado por una mayor conciencia de la importancia del papel del discurso en la formación y reproducción de las instituciones que enmarcan nuestra existencia y la consiguiente aplicación del análisis del discurso al estudio de materias tan diversas como la antropología, la sociología, la psicología, la politología, etc.”

² Sea en la relación objeto-usuario/sujeto, sea en el objeto que promueve la acción entre los sujetos, sea como objeto resultado mismo de la interacción entre los sujetos (social), en fin. En otro trabajo el lector encontrará dos estudios de caso donde el objeto/espacio se vincula con el sujeto en su carácter simbólico, digamos como una representación cultural. Jorge Morales (2006)

En la perspectiva de los *Estudios Urbanos*,³ por ejemplo, el espacio urbano (social y público) es enfocado en tres de sus características más elementales: en su *dimensión histórica* (temporalidad), en su *dimensión geográfica* (espacio) y en su *dimensión simbólica* (significado). La primera plantea la posibilidad de analizarlo en torno a su historicidad, es decir como soporte de una narrativa que habla de actores (sujetos), acciones sociales y sentidos de la acción al paso del tiempo. La segunda en torno a su configuración espacial y de cómo sus características tangibles son utilizadas en políticas de planeación y consumo urbano. Y la tercera en torno a su capacidad de alojar o referir identidades colectivas, o bien como contexto de prácticas culturales (discursos) que hablan del modo de vida de los habitantes. Ahora bien, debemos agregar aquí que la “revolución” que fue capaz de *descentrar* al espacio urbano de su pe-

³ Por lo menos los que desarrollamos profesores y alumnos en el Posgrado en Diseño de la UAM – Azc., y promovidos por el *Área de Investigación de Estudios Urbanos* (AJEU) desde 1997 a la fecha. Por cierto, en alguna ocasión hemos definido a los *Estudios Urbanos* como “esa emergente área de investigación que aborda el tema de la ciudad desde su propia complejidad (siempre múltiple, diversa y variable), problematizando aspectos de carácter cualitativo (historia, memoria, vida cotidiana, imagen del lugar, identidad) que permiten comprenderla como la proyección (o extensión) de sus propios habitantes, la materialización de su cultura y el laboratorio de formas sociales a las que acuden para apropiarse de un territorio y/o organizarse en el espacio”, en Jorge Morales (2004: 8)

destal físico y ponerlo al ras de su configuración simbólica, es decir de explicar al espacio mediante sus significados culturales, mediante las formas lingüísticas que expresa o define, debe ubicarse en un verdadero cambio de paradigmas que alrededor de los años sesenta sacudió a las ciencias sociales, en especial a la historia y a la sociología.

Pues bien, este artículo trata precisamente de tal paradigma al que no pocos autores vinculan con los así llamados “giro lingüístico” y “viraje cultural” (*cultural turn*). Refiere cómo la irrupción de la *subjetividad* desplazó gradualmente los temas de investigación propios de la filosofía, el lenguaje, el arte, la historia, la sociología y la antropología, conformando nuevas especialidades (y nuevos sujetos) como los *Estudios Culturales*, *Estudios Urbanos*, *Estudios de Género* y *Transgénero* (*Queer Studies*), *Estudios Ciudadanos*, *Estudios Transfronterizos*, etc., en tanto el análisis de la subjetividad de la acción humana estuvo proscrito por un paradigma anterior centrado en la objetividad y la explicación propios de las ciencias positivistas.

Se centra en dos problemáticas características de los *Estudios Urbanos* relacionadas con la *acción social* y el espacio urbano, vinculadas ciertamente con el *giro lingüístico*: la *construcción de la memoria* (histórica, colectiva) y sus *fuentes*, y la *vida cotidiana* como respaldo de la acción social en el ámbito urbano. Para ello dialogará con cuatro autores que consideramos representativos de estos temas, ubicados en otras disciplinas como la historia, la sociología y la antropología. La razón de ello ha sido motivada por el número creciente de

investigaciones y tesis que con estos temas nuestros propios estudiantes han estado elaborando en fechas recientes, no siempre con la claridad ni la precisión teórica o metodológica que los casos ameritan. Con ello pretendemos no sólo convocar a una discusión sobre temas recurrentes de nuestra disciplina, sino también iniciar una revisión crítica de los mismos que enriquezcan el acervo metodológico con los que son abordados.

1. Memoria: el *giro lingüístico* y los testimonios de primera persona

*La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido*⁴
Milan Kundera: *El libro de la risa y el olvido*, 1978

⁴ Con esta frase Milan Kundera (197) teje en siete tiempos narrativos *El Libro de la Risa y el Olvido*, una fina novela que retrata el drama humano de “personajes del margen” en la Checoslovaquia posterior a la *Primavera de Praga* (1968), quizá el periodo más sórdido de la guerra fría en ese extinto país de la Europa Central. Al inicio del libro Kundera describe una fotografía tomada en febrero de 194 a un tal Klement Gottwald, el líder histórico de la revolución comunista. Ubicada la escena en la Plaza de la Ciudad Vieja de Praga, recoge el momento estelar en que declara el inicio del comunismo en su país. Junto a él se apreciaba un tal Clementis, uno de sus amigos más cercanos que instantes antes se había quitado el sombrero para ponérselo a Gottwald. Así, pues, en esa fotografía aparecía un Gottwald inmortalizado bajo el sombrero de su amigo Clementis. Cuatro años después, según Kundera, Clementis había sido acusado de traición y ejecutado, y su desaparición de la historia fue precedida por la de los documentos que hablaban de su existencia, incluyendo aquella fotografía donde acompañaba a Gottwald luciendo su propio sombrero. En sustitución de la misma, una “nueva” botaba toda huella de él en un momento clave de la historia reciente: “Lo único que quedó de Clementis fue el gorro en la cabeza de Gottwald”, escribe no sin humor un lacónico Kundera. Como se verá en este inciso, nos parece que este pasaje resume el rescate que hace Beatriz Sarlo del valor testimonial de las fuentes provenientes de las vidas cotidianas de los sujetos, y que escapan de las visiones homogenizadoras y estructurales de la historia

En este inciso reflexionamos sobre el impacto que tuvo el *giro lingüístico* en los análisis de la historiografía contemporánea, y en la que la irrupción del lenguaje como factor documentable ha generado toda una especialidad relacionada con los temas de la memoria histórica y colectiva (testimonios de primera persona, historia oral...). Lo hemos sintetizado en dos subincisos a partir de un texto que consideramos representativo, de tal forma que en el primero abordaremos sus ideas más generales, reseñándolas y centrándolas en el recuerdo del pasado como argumento político del presente, así como en la pertinencia de los testimonios de primera persona en la construcción del discurso histórico y en su carga subjetiva; mientras que en el segundo se reflexiona sobre los cambios de paradigma que las ciencias sociales están experimentando "desde hace décadas" y que ponen la mirada en contenidos propios del "giro lingüístico" (también llamado "subjetivo" o "cultural"), subrayando el caso de la historia donde la naturaleza de las fuentes se ha visto afectada por un paradigma emergente que desconoce narrativas maestras (monumentales), *metahistóricas* (esencialistas) y lineales (desarrollistas).

1.1. Historias oficiales y testimonios del margen

El texto aquí seleccionado es *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona* de Beatriz Sarlo (2005), que se centra sobre las formas en que el pasado es rescatado desde las perspec-

tivas de la memoria y la historia. Supone que una y otra derivan estrategias distintas, en tanto que la primera acude al *recuerdo* y la segunda a un *relato* de (re)construcción que sigue metodologías y selecciona fuentes supuestamente inobjetables. Sostiene que las estrategias del recuerdo apelan a la *memoria colectiva*, que son libres, impredecibles y espontáneas, acaso personales, en contraste con las de la historia, siempre sometidas a las reglas del método y a la veracidad de las fuentes. Unas y otras se acercan al pasado desde el presente y para el presente, de tal forma que ese es el tiempo en el que se manifiestan.⁵

Sostiene que desde la perspectiva de la historia existen por lo menos tres tendencias de construcción que plantean formas diferentes de *sujetos* y validez de las fuentes en sus argumentos: una que llama "académica", más preocupada por el rigor del método y las formas de interpretación, otra que denomina de "circulación masiva" y cuya legitimidad está determinada por el mercado, y una más ligada a las "historias nacionales", narrativas lineales donde imperan órdenes establecidos por ideologías que hablan de trayectorias e identidades colectivas.

Independientemente de estas tres modalidades, la autora desarrolla la idea de que en el ejercicio de la historia de las "últimas décadas" ha predominado un *giro subjetivo* que antes era inconcebible, y que ha impactado tanto en la ca-

⁵ De hecho, *memoria e historia* son representaciones del pasado en el presente

racterización de los sujetos como el valor, carácter y naturaleza de las fuentes. Este *giro subjetivo* ha "dislocado" la historia del campo y contexto de las grandes narrativas (a veces basadas en las estructuras, a veces en grandes ontologías o visiones monumentales) al campo y contexto de los simples sujetos cuyos testimonios de *primera persona* permiten reconstruir una perspectiva histórica del pasado.

Según la autora, este "viraje subjetivo" coincidió con una época de cambios de *paradigmas* que afectaron no sólo a los enfoques de la historia sino a los de las ciencias sociales en general, y que puede rastrearse en los trabajos pioneros de Raymond Williams y Richard Hoggart, así como en la creación del *Birmingham Centre for Contemporary Cultural Studies* por el mismo Hoggart y Stuart Hall en la Universidad de Birmingham (Reino Unido) en el ya lejano año de 1964. A partir de este *paradigma*, donde el testimonio en primera persona logra el estatuto de documento de primera fuente y herramienta de análisis, el sujeto participa como actor de su propia investigación.

Ahora bien, nos parece que la autora desprende de este hecho una tesis que parece fundamental a lo largo de su texto y que es la pertinencia del testimonio de primera persona como fuente documental histórica en el ejercicio de la reconstrucción del pasado. No se trata tanto de si el investigador puede ser su propia fuente de información, sino de *descentrar* los argumentos de las perspectivas más generales y "fijas", independientes a los sujetos o a pesar de ellos (como

las estructuras económicas, los *modos de producción* o los valores de carácter universal o históricos). Así, el *testimonio oral* como discurso del recuerdo (para citar su expresión) cobra la fuerza del argumento, de tal manera que lo subjetivo se comporta como el nuevo centro en el que descansa la construcción del pasado y sin el cual se carece de toda perspectiva de futuro, si de lo que se trata es de hacer una historia no petrificada en los objetos arqueológicos ni sujeta a los grandes esquemas explicativos.

De hecho, este enfoque proclama la recuperación de la memoria por la vía del recuerdo testimonial de aquellos sujetos que usualmente fueron "sacrificados" en nombre de las estructuras más generales, o "suprimidos" por las voluntades clarividentes de "la época", abriendo la posibilidad (o el buen deseo) de evitar la repetición de las circunstancias que hicieron posible la gestación, irrupción, imposición y hegemonía de una voluntad extraordinaria, sea mediante un discurso de poder excluyente, sea mediante una verdad oficial incuestionable.

Con todo, nos parece que la autora hace una defensa apasionada de semejante subjetividad sin estar ella misma exenta de un sesgo ideológico que supone que la batalla contra el olvido es, de alguna manera, una batalla contra el poder, un poder que manipula los recuerdos afines (o funcionales, como los mitos o las historias oficiales) y borra aquéllos que son inconvenientes para la expansión y legitimación de su dominio. Los ejemplos que desarrolla en el texto son los testi-

monios orales de los años de la dictadura militar en la Argentina de las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, si bien sostiene que le interesa más discutir el carácter y el valor historiográfico de los mismos. Como ella misma lo aclara en las partes preliminares del texto, se trata de acudir al recuerdo para propiciar el entendimiento.

Hay pues una propuesta de historia donde los testimonios que se utilizan para reconstruir al pasado provienen de los “sujetos del margen”, sujetos anónimos cuya voz y experiencia son recuperadas para evidenciar las incongruencias de los discursos de poder, las anomalías de las historiografías oficiales. La apuesta quizá sea explicar un trozo largo de la historia humana a partir del trozo de un día en la vida de Gregor Samsa, Leopoldo Bloom o Mirek (el malogrado antihéroe de *El Libro de la Risa y el Olvido*), todos ellos célebres herederos de narrativas literarias en primera persona que, de acuerdo con la autora, desde el siglo antepasado extendieron e influyeron su uso en las construcciones históricas.

1.2. Paradigmas de la objetividad y la subjetividad: algunas consideraciones sobre la naturaleza del documento histórico

De la lectura del texto inferimos que las perspectivas de la historia basadas en testimonios de primera persona basan su argumento de veracidad en que el testimonio personal resume una experiencia vivida por el sujeto que le ha trascendido, y que explica por sí sola (o al menos está entramada en) el contexto histórico, social,

político o cultural en la que tal experiencia se ha dado. Es pues un *hipertexto* que lleva del sujeto al contexto, de su acción a su circunstancia, de su pensar a su hacer. Como documento, da muestras coherentes y significativas de lo que narra y recuerda, de lo que se dice y expresa. Es pues una interpretación o, parafraseando a la autora, una *representación* del pasado basada en la memoria del evento.

El que este argumento sea válido tiene que ver con el *paradigma* que lo sostiene y que Sarlo ha ubicado en la esfera del “giro” *subjetivo*, convergente en tiempo y filosofía con los giros *lingüístico* y *cultural* que aglutinaron perspectivas y análisis de pensadores que resultaron fundamentales para su consolidación y desarrollo. Del lado de los primeros y sin constituir una generación homogénea en intereses y metodologías, temas y propuestas, citaremos aquí a los *pos-estructuralistas franceses* desde Jacques Derrida (1930 – 2004) a Michel Foucault (1926 – 1984), pasando por Roland Barthes (1915 – 1980), Jean-François Lyotard (1924 – 1998) y Jean Baudrillard (1929 – 2007); y del segundo a los “culturalistas” de primera generación como los ingleses Raymond Williams (1921 – 1983), Richard Hoggart (1918 - ...) y Stuart Hall (1932 - ...) ya mencionados, así como los de segunda y tercera generación como el canadiense Charles Taylor (1931 - ...) o el argentino - mexicano Nestor García Canclini (1939 - ...), todos ellos connotados héroes de los *Estudios Urbanos*.⁶

⁶ En esta amplia convergencia de “miradas” no deben

Todos ellos también reflexionaron y reflexionaron aún sobre la *modernidad* y sus representaciones sociales, sobre sus discursos de poder que han modelado voluntades colectivas y los cuerpos, gustos y deseos de las masas, así como documentado ciertas prácticas de resistencia de individualidades (inmigrantes, mujeres, *gays*, enfermos, locos, criminales, extranjeros, disidentes) que tratan de escapar o redefinir los argumentos de una *modernidad* que asumen como un *constructo* discursivo que impone una forma ideológica del ver al mundo, una forma de ordenarlo y representarlo, más que como una fase específica de la historia de la civilización o un estadio de la cultura en la evolución humana. En términos generales, esta convergencia de giros que se ubican al “lado izquierdo” de la *objetividad* propone una lectura de la historia en la que no constituye un fin en sí mismo, ni plantea ontologías ni pretende construir verdades de “larga duración”. Tan sólo una forma de leer el mundo, una manera de representarlo.⁸

excluire los enfoques que giran sobre la *vida cotidiana*, iniciados sin duda por Henri Lefebvre (1962) (1967) y desarrollados a *profundidad* por Michel de Certeau, así como los estudios pioneros que desde la psicología social emprendió Serge Moscovici (1961) sobre el tema de las *representaciones sociales*. Ver también Alicia Lindón (2003); Silvia Valencia Abundiz (2006); y Eulogio Romero Rodríguez (2004)

⁷ Ver Néstor García Canclini (1990); o Charles Taylor (1994)

⁸ Tres ejemplos inmediatos: véanse los textos que tanto Foucault (1966) como Stuart Hall (1997) escriben respectivamente en torno al papel del “sujeto” de la representación histórica, tomando como centro de re-

Lo que Beatriz Sarlo expone en su texto al respecto es que este paradigma emergente de las ciencias sociales, que invade los campos de la historia y los estudios culturales, incluyendo los de la antropología cultural, la crítica literaria y teórica, la psicología social, el urbanismo crítico (o *Estudios Urbanos*) y la sociología postmarxista, emerge en un periodo de crisis de las grandes narrativas maestras, desarrollistas por naturaleza y propias de la modernidad decimonónica. Este desplazamiento de paradigmas similar al que Thomas Kuhn describe como característico de los periodos de *crisis de la ciencia*,⁹ propicios para la irrupción de teorías preñadas de nuevas preguntas y conceptos que no podían ser formulados en los paradigmas anteriores, nace precisamente en los giros subjetivo-lingüístico-cultural arriba aludidos y ya ilustrados con algunos de sus principales exponentes.

En términos generales, el paradigma desplazado corresponde al de las historias totales o monumentales, cargadas de ontologías que definían con anticipación un sentido, una sucesión u orden, una verdad *ideologizada* que hablaba de un devenir coherente y en marcha, inexorable e

flexión el cuadro *Las Meninas* (1656) del pintor español Diego Velázquez y en las que se asume al espectador como el sujeto *de y en* la representación, así como el que escribe Taylor (2001) sobre los paradigmas de la modernidad. Por cierto, en un artículo anterior Stuart Hall (1996) define con precisión y claridad las modalidades más generales de los *Estudios Culturales*

⁹ Thomas S. Kuhn (1962)

inevitable al destino humano. En este paradigma, la rueda de la historia no se detenía ante las diferencias ni ante las voluntades individuales, pues el pasado tenía una lógica que descifraba a la historia. Desde nuestro punto de vista, este *paradigma en crisis* bien puede resumirse en el *materialismo histórico* (auto)proclamado como "ciencia de la historia", acaso el último reducto de las ciencias positivistas de tradición decimonónica. En este modelo de la historia, la *teoría marxista* se jugaba su propia vigencia y continuidad. Suponía una historia general en la que los modos de producción se comportaban como los ejes de la transformación histórica, movidos por las contradicciones sociales que tomaban cuerpo y forma en la lucha de clases, el *verdadero motor* y "partera" de la historia.

o deja de ser curioso que precisamente en los últimos años de la década de los sesenta, acaso la década donde convergieron la mayoría de los discursos alternativos que hablaban de la necesidad de una nueva perspectiva de interpretación, colisionaron los enfoques de la historia monumental, total y positiva, con los del paradigma emergente que subrayaba el papel de las discontinuidades y diferencias a la hora de construir una interpretación de lo social. Esta colisión puede ilustrarse en dos textos representativos publicados casi simultáneamente: *La filosofía como arma de la revolución* de Louis Althusser, aparecido en el turbulento año de 1968, y *La arqueología del saber* de Michel Foucault, publica-

do tan sólo un año después.¹⁰

Cuatro décadas más tarde, la ciencia de la historia propuesta por Althusser no superó ni la caída del muro de Berlín ni la globalización *urbi et urbi* del capitalismo monopólico tardío (a pesar de la entusiasta recepción que tuvo el documento en ciertas universidades mexicanas y de las múltiples ediciones que se hicieron de la misma en los idiomas más diversos). Centrada en el tema de las estructuras metahistóricas, la propuesta *althusseriana* resultó limitada e ineficaz para explicar las *contradicciones*, las *discontinuidades* e *irregularidades* evidentes entre la especulación teórica del discurso marxista científico (un pleonismo en esa época) y el *socialismo real*,¹¹ digamos su *puesta en*

¹⁰ La década arranca con el texto de Kevin Lynch (1960) *The Image of the City*, que acabaría convirtiéndose en una biblia para el planeador urbano y el arquitecto de orientación social en la medida en que incorporaba la perspectiva del peatón común en la creación de una representación colectiva de la ciudad, y continúa con los de Moscovici (1961), Lefebvre (1962) (1967) y Kuhn (1962) ya referidos, seguidos por otro cumbre de Marshall McLuhan (1964), la famosa conferencia que Jacques Derrida dictó en la John Hopkins University en 1966 con el título "La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias sociales", y termina con los textos arriba citados de Louis Althusser (1968) y Michel Foucault (1969), así como la célebre investigación de campo que Robert Venturi y Denise Scott (1972) realizaron en la ciudad de Las Vegas, cuya memoria se publicaría tres años más tarde dando inicio formal al *movimiento posmoderno* en la arquitectura

¹¹ Ese territorio de utopía que compartían ciertos países cuyos gobiernos, normalmente autoritarios, centralistas y emanados de un sistema electoral *monopartidista*, se declaraban inspirados en principios políticos e ideológicos derivados del discurso marxista.

práctica y verificación histórica.

Althusser tuvo tiempo para ver en tan sólo diez años la obsolescencia de su propia interpretación: el 20 de agosto de 1968, 5,000 tanques y 200,000 soldados del *Pacto de Varsovia*, liderados por la extinta Unión Soviética, suprimieron un incipiente movimiento reformista ("Primavera de Praga", o "Socialismo con Rostro Humano") que pretendía liberar la política en la hoy también extinta Checoslovaquia, mientras que el 29 de abril de 1978 aguerridos obreros polacos fundaron la *Unión de Sindicatos Independientes de la Costa*, en la ciudad de Gdansk, en la entonces República Popular de Polonia, y que sería la semilla revolucionaria (¿o contra-revolucionaria?) de *Solidarnosé* y su líder Lech Walesa, el electricista católico que estallará una huelga histórica en los *Astilleros Lenin*, dando inicio al derrumbe del bloque socialista en la década de los ochenta.

Así, paradójicamente, el materialismo histórico propuesto por Althusser resultó ineficaz para explicar cómo los sindicatos obreros de un país socialista como Polonia (1978 - 1990) se rebelaron contra un gobierno que se definía de extracción obrera, privilegiando una identidad religiosa sobre la conciencia de clase. O cómo el comunismo chino fue la etapa preparatoria de un capitalismo globalizador y voraz que se ha extendido por todo el mundo. Absorto en las transformaciones económicas de larga duración, la "ciencia histórica" *althusseriana* no tuvo tiempo para detenerse en las "contradicciones pequeñas" que se oponían a las definiciones y

esquemas más generales. Lo subjetivo de lo particular y la diferencia simplemente no constituían un documento histórico.

Paralelo al pleno desgaste de la historia científica marxista proclamada por Althusser, la historia propuesta por Foucault fue redefiniendo precisamente el valor del documento (punto de partida de cualquier historia), pues se interesó más por las excepciones y las discontinuidades que se entretendían para motivar las transformaciones. Ajena a los argumentos metahistóricos, a las perspectivas que resaltan las uniformidades y las consistencias, a los hechos e ideas de autor, la propuesta *foucaultiana* reconsideraba la esencia del discurso histórico al acercarse y tratar a la fuente desde una posición arqueológica, resaltando modalidades en apariencia irrelevantes o banales que, sin embargo, a nivel micro se enlazaban irremediabilmente con los procesos de cambio.¹²

Digamos, para abreviar, que la historia, en su forma tradicional, se dedicaba a "memorizar" los *monumentos* del pasado, a transformarlos en *documentos* y a hacer

¹² Quizá el mejor esfuerzo en esta dirección lo constituya *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (1975), en el que la prisión como institución y objeto de control burgués (moderno) se va conformando por una serie de prácticas sociales ligadas al control y la disciplina de los cuerpos. Las fuentes ahí empleadas van desde crónicas de suplicios o ejecuciones publicadas en periódicos holandeses del siglo XVIII hasta los reglamentos internos de las prisiones francesas de mediados del XIX, pasando por la descripción física del edificio penitenciario, la valoración de la arquitectura panóptica, los reglamentos de escuelas y hospitales de la época, etc.

hablar esos rastros que, por sí mismos, no son verbales a menudo, o bien, dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad dicen. En nuestros días, la historia es lo que transforma los *documentos* en *monumentos*, y que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos. Hubo un tiempo en que la arqueología, como disciplina de los monumentos mudos, de los rastros inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado, tendía a la historia y no adquiriría sentido sino por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando un poco con las palabras, que, en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento¹³

Esta historia que hace del monumento un documento, que lo analiza y selecciona de quien sabe qué ruptura o escisión, subrayando aquellos elementos irrelevantes que, sin embargo, hablan por todo el documento (un artículo, un gesto, un objeto, una práctica), refuerza la idea del carácter *polisémico* del documento histórico. Este reconocimiento es pertinente con las lecturas culturales y abiertas que se hacen de los documentos históricos, cargados de significados que sólo el análisis histórico concienzudo puede descifrar o ligar con otros semejantes. Se erige así una nueva subjetividad no lineal que plantea nuevas formas de ensayar una reconstrucción del pasado.

¹³ Michel Foucault (1969: 10 y s)

En fin, como podrá verse hasta aquí, el alejamiento sobre la naturaleza de los datos en función de la legitimidad de las fuentes testimoniales en una ciencia social que, por tradición, se ha apropiado por la objetividad incuestionable de sus fuentes, debe enmarcarse en la irrupción de un *nuevo paradigma de conocimiento* que desde la segunda mitad del siglo pasado no ha dejado "títere sin cabeza" (para ponerlo en términos coloquiales) en el cada vez más vasto campo de las *ciencias del espíritu*, y que corresponde quizá a lo que Lyotard llamó "posmodernidad",¹⁴ un paradigma aún en ciernes que refuta las narrativas *metahistóricas* y plantea nuevos sujetos sociales que emergen de las periferias o "no-lugares" de la modernidad. En cualquier caso, el trabajo de Sarlo es puntual en la reseña de este hecho, del *viraje subjetivo* que afecta a la ciencia de la historia y del nuevo carácter atribuido al documento, cargado de subjetividades y abierto a numerosas interpretaciones.

¹⁴ Ver Jean-François Lyotard (1988)

2: La cuestión de la vida cotidiana

78: *En los banquetes que se dan entre la gente rica, después de la comida, un hombre lleva una estatua de madera muy bien esculpida y dibujada, representando un muerto, de un codo o dos de longitud, y enseñándolo a cada uno de los convidados le dice: -Bebe y alégrate, pero mira a éste; porque así serás una vez muerto*
Herodoto: *Historias*, c 444 aC

Al fin liberada la subjetividad del *corsé* de lo objetivo, gradualmente fue desplegando una serie de campos y temas que antes no merecían la atención de los expertos. Tal fue el caso de los estudios orientados a la "vida cotidiana", cuyas raíces debemos ubicar en los planteamientos filosóficos de Husserl (1859 – 1938) y en la sociología de Alfred Schütz (1899 – 1959). Las lecturas que aquí reseñaremos giran precisamente en este tema, sin duda capital en el campo de los *Estudios Urbanos*, y en las que recogemos los conceptos más relevantes que nuestros interlocutores utilizaron en sus exposiciones, con el fin de que el lector pueda hacer un seguimiento de su evolución, desarrollo, complejidad y significado, de tal forma que deduzca cómo ahora el tema implica una especialidad propia de las ciencias sociales sin la cual no es posible comprender al sujeto en su interacción con los otros. Los textos aquí seleccionados son: "Cultura y vida cotidiana. Apuntes teóricos sobre la realidad como construcción social", de Daniel Hernández Rose-

te (2000); "La vida y el mundo: distinción conceptual entre mundo de vida y vida cotidiana", de Marco Estrada Saavedra (2000); y "Sujetos sociales: historia, memoria y cotidianidad", de Irene Sánchez Ramos (2004).

2.1. Vida cotidiana y la construcción social de la realidad

Una liga que puede establecerse entre los autores seleccionados es el papel que juega la *vida cotidiana* en la socialización de significados que, a su vez, sustentan la reproducción del mundo. Tal socialización se fundamenta y difunde mediante el lenguaje, que exige necesariamente la interacción de los interlocutores. Ahora bien, a partir de esta coincidencia los autores se distinguen por la amplitud o alcance con que desarrollan la cuestión, así como si ésta fue central o periférica en sus disertaciones.

Empecemos por el texto de Hernández Rose. En él se plantea una cuestión central que puede sintetizarse en esta pregunta: ¿cuáles y de qué naturaleza son los procesos sociales que permiten la construcción social de la realidad? En la búsqueda de una teoría que de cuenta de tal cuestión, el autor acude a una *perspectiva fenomenológica* que le permita explicar lo real como "un entramado de significados atribuidos socialmente" (89), y a otra *semiótica* en la que lo cultural "se delimita a través de formas simbólicas que se pueden caracterizar como fenómenos significativos" (loc). La liga entre ambas la obtiene de un texto de Peter Berger y Thomas Luckmann

(1993),¹⁵ en el que se propone “que la forma de interiorizar los significados que dan sentido a lo real se consigue por medio del lenguaje” y que para el autor resultó una proposición fundamental en tanto le permite pensar lo cultural “como un proceso simbólico que se crea socialmente y que se manifiesta en el orden de lo cotidiano, (...) además invita a suscribirlo como un hecho social en pleno movimiento, confiriendo al lenguaje un lugar privilegiado dentro de la dinámica etnográfica” (89-90).

Inserto pues en la corriente del *giro lingüístico*, el autor desarrolla la idea de que el escenario natural donde se socializa, transmite e interioriza la cultura, ese entramado de significados que da sentido al mundo, es en el seno de la *vida cotidiana*. Este enfoque, a su vez, se sustenta en dos corrientes de la sociología clásica: aquella que asume que los eventos de la realidad son hechos sociales que pueden ser tratados como cosas, y por tanto resultan observables y cuantificables para el investigador (Durkheim), y aquella otra de carácter *comprensivo* donde “el objeto de conocimiento es, precisamente, el significado subjetivo de la acción” (Weber) (90). De este esquema y en función de asumir que la sociedad implica un proceso de construcción “que evidencia la existencia de entramados de significación”, el autor deriva lazos analíticos entre lo que bien puede constituirse en una *sociología de lo coti-*

diano y una *etnografía interpretativa*. Incluso infiere ciertas técnicas de investigación cualitativa como las *historia de vida* y las *entrevistas en profundidad* que ayudan a explicar el carácter simbólico de la cultura.

En esta propuesta teórica acerca de cómo la sociedad se constituye en una trama de significados, la perspectiva fenomenológica de la cultura que desarrolla el autor “invita a mirar lo etnológico como una condición social e histórica de carácter dinámico, que varía en tiempo y espacio, al punto que la diversidad cultural se presenta, precisamente, en función de la multiplicidad de universos simbólicos que dan sentido a la vida social” (91). El individuo, así, hace del mundo una construcción social en el momento mismo de nombrarlo. Es, pues, un *animal simbólico*. Hecha esta declaración, el autor explora la relación entre universos de significado, “en tanto expresiones de cultura según la corriente simbólica”, y el lenguaje como proceso social. Su fin es explicar “porqué la cultura puede ser vista como una producción de lenguaje”. Es en este punto donde, en nuestra opinión, su texto logra el mejor momento, pues resuelve esta cuestión en el contexto de la vida cotidiana cuyo sustento “se encuentra en la conciencia subjetiva que permite al individuo reconocer el hecho de que estos significados son válidos para aquellos con quienes comparte lo cotidiano”, y en el que *lo cotidiano* no es otra cosa que “una realidad que supone un consenso en torno al significado objetivo de lo real”. De acuerdo con Berger y Luckmann, tal consenso

¹⁵ *La construcción social de la realidad* (Buenos Aires, Amorrortu, 233 pp), citado por el autor reseñado

es el *sentido común*, el verdadero contexto de la vida cotidiana.¹⁶

Siendo tangible la vida cotidiana, siendo un hecho social y fáctico, los procesos de reconocimiento (sentido común) que alberga y promueve pasan sin embargo por un reconocimiento subjetivo por parte de los actores, de tal suerte que tenemos aquí una paradoja pues es “la interiorización individual de la realidad objetivada lo que permite la reproducción de los significados socialmente establecidos” (92). Nos parece que esta es la aproximación fenomenológica de mayor alcance del autor: el análisis de la toma de conciencia individual de un horizonte de significados colectivo *predado* e independiente del actor. Es en este sentido que habla de la *percepción* “como un proceso de interacción entre el individuo y la sociedad a la que pertenece” (loc), en la que la apropiación individual de las objetivaciones “sólo es posible a través del lenguaje”, de tal forma que deviene en el “instrumento que ofrece al individuo la posibilidad de participar del mundo cotidiano, de su lógica y de su temporalidad”.

Puesto así en relieve la supremacía del lenguaje como vínculo del individuo con el mundo, el autor no escatima párrafos en destacar sus cualidades: “Es, por tanto, la vía instrumental para incorporar en la subjetividad del individuo las objetivaciones que dan sentido a la realidad, y dentro de las cuales la vida cotidiana adquiere coherencia” (92); “La vida cotidiana, por sobre todo,

es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él” (citando a Berger y Luckmann, loc); “El lenguaje es, entonces, una producción social, toda vez que es el resultado de códigos creados colectivamente y, como tal, supone prácticas sociales diferenciadas” (93); “... el lenguaje forma parte del acervo de recursos con que cuenta el individuo para nombrar su mundo, de aquí que sea el uso del lenguaje la instancia capaz de revelar el lugar que ha de ocupar el individuo en el mundo social” (loc).

Establecido el punto en el que la vida cotidiana se vuelve, mediante el lenguaje, el contexto en el que se resuelven los significados que dan sentido y orden al mundo real, el autor centra su artículo en la estructura de la misma, que ubica en el aquí y en el ahora, en el cuerpo y en el tiempo presentes. Es en ese “aquí y ahora” donde la realidad de la vida cotidiana “se manifiesta como un mundo intersubjetivo, en el entendido de que es una realidad que se puede compartir simultáneamente con otros” (94). Al compartirse simultáneamente con otros, la realidad cotidiana “puede ser entendida como un orden espacio-temporal que implica múltiples experiencias subjetivas coexistiendo simultáneamente”. Así, concluye que la vida cotidiana es un hecho social “cuya dinámica está determinada tanto por la diversidad de subjetividades como por las objetivaciones socialmente establecidas”, encontrando en la *interacción subjetiva* un fenómeno social de fondo, “dado que el mundo de la cotidianidad sólo es posible si existe un universo simbólico,

¹⁶ Ver también José Hernández Prado (2005)

construido socialmente, que permita la interacción de las subjetividades” (loc).

En la última parte del escrito el autor aborda el tema de la *habituación*, un fenómeno “que tiene lugar justo cuando la repetición frecuente de cualquier acto llega a constituirse como una pauta para quien lo ejecuta” (95). De hecho, nos aclara, los hábitos restringen o inducen la elección de la posibilidad de cambio frente al mundo cotidiano, pues funcionan como mecanismos inconscientes, cobijados por la costumbre, que se imponen de forma natural y lógica a los sujetos. El hábito es, pues, el origen “de todo comportamiento institucionalizado” y puede ser visto “como la genealogía del orden institucional” que ejerce “una forma de control sobre el individuo” (loc): o se participa de los hábitos propios del lugar o se es un extranjero, un marginal, un excluido, un *otro* que no se identifica con la trama de significados que me definen.¹⁷ En palabras del autor: “el hábito y su institucionalización conllevan una doble función. Por un lado, legitiman todo acto que se inscribe en lo institucionalizado, confiriéndole el atributo de lo normal y, por otro, propician la aparición de un estigma alrededor de la persona cuyo actuar no coincida con el contenido fáctico de lo habitual” (96).

El “otro”, pues, se identifica en función de que comparte o no los hábitos que estructuran mi vida cotidiana. Así, hábito y cotidianidad, concluye el autor, “posibilitan un orden institu-

cionalizado que origina un principio de representación binario, donde lo propio se contrapone a lo ajeno y lo habitual a lo extraño” (98).

2.2 Vida cotidiana y el “mundo de vida”

Ahora bien, el texto de Estrada Saavedra aborda los mismos problemas que el trabajo anterior, salvo que las preguntas que pretende contestar y la intención del mismo son diferentes. Éstas tienen que ver con la diferencia conceptual entre “vida cotidiana” y “mundo de vida”, dos categorías que el autor advierte que no hay que confundir. Para ello acude a la sociología fenomenológica de Alfred Schütz, quien unió la fenomenología de Husserl con la sociología de Max Weber (1864 – 1920) para elaborar un sistema teórico que supone que el conocimiento se genera entre sujetos, por lo que la acción social puede explicarse mediante la *intersubjetividad* y la forma en que ésta crea un “mundo de vida”. De la revisión crítica de Schütz, el autor acude a Agnes Heller (1929...) para *reconstruir* su concepto de “vida cotidiana” y, finalmente, a Jürgen Habermas (1929...) para criticar y reformular precisamente el concepto “mundo de vida” desde su renombrada teoría de la *acción comunicativa* con el fin de hallar, en palabras del autor, “las mediaciones teóricas adecuadas que permitan trabajar tanto el concepto de vida cotidiana de Schütz y Heller dentro del marco de la teoría de la sociedad de Habermas, pero sin perder por ello las tensiones ni los impulsos

teóricos originales de los autores” (105).

Así, el trabajo de Estrada es más extenso y rico en argumentos y conceptos y, acaso, logra mayor precisión sobre el tema que nos ocupa (vida cotidiana). De entrada, define al “mundo de vida” como “un mundo público que compartimos esencialmente con otros semejantes a nosotros; esto es, es un mundo intersubjetivo que, de manera fundamental, sostiene una realidad intuitivamente compartida y entendida como válida por todos como “marco común de interpretación”, producto de estratificaciones culturales y sociales de nuestros predecesores y que a nosotros nos toca continuar” (107), de tal forma que constituye el horizonte general de significados del que se derivan prácticas, representaciones, proyecciones, hábitos, costumbres y actitudes que conforman precisamente a la vida cotidiana. El “mundo de vida” es, entonces, un *esquema de referencia*, el *acervo de conocimientos* que disponemos y que condicionan los *microactos* de nuestra vida diaria, de nuestro accionar cotidiano, que permite “interpretar el mundo y orientarnos en él de modo rutinario, puesto que también trabaja como directivo de acción, sometándose continuamente a prueba y refinándose cuando las expectativas no concuerdan con las prácticas cotidianas que modifican el mundo de vida” (108).

Aclarado lo anterior, plantea que la mejor forma de abordar el tema de la *vida cotidiana* es a partir de la *intersubjetividad*, pues esta responde a la pregunta en torno a cómo es posible que los actores sociales compartan un mundo social. La

intersubjetividad logra además traspasar la frontera de lo trascendental, tan presente en las últimas obras de Schütz y donde el conocimiento se gesta únicamente en la conciencia del actor, pues introduce al “otro” como parte de ese conocimiento. Ese “otro” hace que lo cotidiano cobre sentido en tanto exige una relación *dialógica* y en tanto comparte el mismo presente, un aquí y ahora que habla de una simultaneidad espaciotemporal del que el “otro” y yo formamos parte. En palabras del autor: “El otro y su flujo de conciencia se nos presentan en la conversación de modo simultáneo, no de manera reflexiva, a nuestro propio flujo de conciencia, por lo que “compartimos el mismo presente vivido” (111).

Así, el “nosotros” resulta de compartir el presente en la esfera de lo mundano, donde la vida cotidiana “se expresa en las relaciones de los actores sociales entre sí y en cómo comprenden y constituyen la *realidad social*” (112) de tal forma que, como se plantea en el artículo anterior, su estudio bien puede constituir una *teoría general de la acción social* empotrada en dos perspectivas de análisis: una que enfatiza el carácter subjetivo de la realidad social y que revisa, precisamente, el “cómo *experimenta* el actor el mundo en el que vive y cuáles son sus *motivaciones e intereses particulares* (...)”, y otra objetiva que subraya el “cómo *participa* constantemente en interacciones sociales con sus semejantes en el medio de los *entramados sociales de sentido*” (loc). Lo anterior y citando un texto de Richard

¹⁷ Recordemos a J.P. Sartre: “*los otros son el infierno*”

Grathoff (1989),¹⁸ le permite al autor caracterizar la teoría social fenomenológica de Schütz como una “ciencia de los “fenómenos de la intersubjetividad mundana” por lo que un análisis de las “estructuras del mundo” puede interpretarse como una “sociología de la vida cotidiana” (loc).

Aquí hay, pues, un vínculo claro con el texto de Hernández Rosete ya reseñado, pues a ambos les preocupa la formulación teórica de una sociología de la vida cotidiana. Ambos también acuden a la fenomenología desarrollada por Schütz, quien por cierto traslada el término “mundo de vida” de la filosofía de Husserl al campo de las ciencias sociales, y ambos también asumen al individuo social arropado en una trama de significados donde el lenguaje, en el marco de la vida cotidiana, hace posible su participación en la construcción social de la realidad. Y ambos también reconocen una estructura de la vida cotidiana constituida en la “relación social directa pura”, es decir en el aquí y ahora de los sujetos sociales, y en la que “otros tipos de relaciones presentes, pasadas y futuras, directas o indirectas, no son sino variaciones de aquélla, ‘meras modificaciones’” (113).

Sin embargo el texto de Estrada toma otro sendero al diferenciar el mundo de vida (de extracción *schütziana*) de la vida cotidiana. El primero, dice, hace referencia al “extenso hori-

zonte de sentido que abarca a todas las regiones o provincias finitas de sentido”, mientras que el segundo hace referencia a “una región particular de sentido privilegiada en el plano intersubjetivo” (115). Así, sostiene que la región de la vida cotidiana es el “ámbito de la realidad” en la que el actor participa y modifica con sus intervenciones prácticas. Sólo en la vida cotidiana ... el actor puede ser entendido y comprendido por sus semejantes y, en consecuencia, actuar en concierto con ellos. Es, pues, el cimiento y la esfera de las relaciones sociales en la que el estilo cognitivo preeminente es el de la actitud natural (el sentido común) y el estilo de actuar típico está dictado por el *motivo pragmático*” (loc).

Semejante postura le permite precisar la diferenciación “mundo de vida – vida cotidiana”, donde el primer concepto denota el “transfondo estructural de la vida cotidiana”, compuesto por la intersubjetividad, el sentido, las estructuras de relevancia, tipificación, etc., como “fenómenos predados y siempre presentes en la acción social, que la coproducen y cooperan en su realización”, en tanto que el segundo es donde, “a través de la *acción social* y los entramados interactivos que constituye, tiene lugar ese despliegue y donde, a su vez, se genera la (re)producción del mundo de vida” (118). Hay pues una estrecha relación mundana entre ambos, en la que el lenguaje (y sólo él) permite la coparticipación significativa de los sujetos. El lenguaje es la clave para superar el “impasse” trascendental de la conciencia de lo

inteligible, y es el que hace posible la coparticipación y la correspondencia entre los actores.

Aclarada las diferencias entre uno y otro, Estrada pasa a retomar ciertos conceptos que sobre la vida cotidiana ha desarrollado Agnes Heller con el fin de enriquecer el suyo propio. La gran novedad aquí es el concepto “condición humana”, que Estrada retoma de esta autora y que refiere “‘todo aquello que los seres humanos deben compartir’ de un modo indefectible, de igual forma como lo hicieron en el pasado nuestros antecesores y nos lo transmitieron, y como lo harán en el futuro nuestros descendientes y aprenderán de nosotros” (124). La condición humana es, pues, la última referencia, la *categoría límite* que enmarca a la propia vida cotidiana que, como han establecido los autores reseñados, podría cambiar de contenidos, adaptándose a los tiempos y siguiendo siempre el desarrollo de la historia humana. Aquélla no, pues ubicaría al hombre en “la zona crepuscular entre cosmos y caos” (125).

Se establece así una dicotomía entre la naturaleza genética del individuo (su *condición humana*) y su naturaleza social (inserto en una trama de significados en la que interactúa con otros), mediada por un “juego de reglas” que permite preservar la primera y entender (y actuar en) la segunda: “‘reglas para la adquisición de los medios de subsistencia, para la cooperación y el conflicto humanos y para una constitución de significado’” (loc). Se da, pues, una apropiación mínima de lo social que constituye la primera esfera

del universo social: la esfera de *la objetivación en sí misma* que Estrada hace coincidir con la esfera de la *vida cotidiana*.

Es aquí donde, en nuestra opinión, el artículo logra una aportación clara respecto al tema que nos preocupa, pues si la vida cotidiana es la esfera donde la apropiación mínima de lo social tiene lugar, entonces es también el escenario donde lo social se reproduce y donde los actores, como particulares, se reproducen a sí mismos. En palabras del autor: “Sin duda, la vida cotidiana puede entenderse como un “hecho social” fundamental: a) en tanto que el actor se reproduce a sí mismo como actor social, está cumpliendo una ‘función’ en la sociedad y b) en tanto que *genera* determinadas condiciones para la reproducción de la sociedad y de sus diferentes clases y estratos” (127). Visto así, la vida cotidiana tiene una historia que refleja en su propia realidad: es historia, hace historia.

Otro punto importante es el de la vida cotidiana como escenario de la “reproducción del hombre en particular”, pues ello implica la “especificación” de las reglas (y con ellas las expectativas y costumbres sociales) mediante las cuales los actores se objetivan: “El ejercicio de la puesta en juego de lo apropiado es, en un sentido profundo, un proceso de “objetivación”; esto es, al realizar todo tipo de actividades el actor *se objetiva* al dejar huellas palpables a su paso que son comprensibles y significativas para otros” (128). Se colige aquí, entonces, que la vida cotidiana es el escenario natural donde se dan los procesos de

¹⁸ *Milieu und Lebenswelt. Einführung in die phänomenologische Soziologie und die socialphänomenologische Forschung* (Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag), citado por el autor reseñado

objetivación de los actores sociales, mismos que se dan siempre en el contexto de un "ambiente inmediato", de tal forma que "todas las objetivaciones que no se refieren al particular o a su ambiente *inmediato*, trascienden lo cotidiano".

Destacaremos aquí también la idea del autor acerca del carácter heterogéneo de las actividades propias de la vida cotidiana que impide hablar de una primacía, de unas más importantes o menos esenciales que otras, aún reconociendo cierta "jerarquía sociohistórica". Esta situación hace que el investigador se vea obligado concebir al actor como una totalidad, en la que la vida cotidiana resume la vida de todo hombre y, al mismo tiempo, la vida del hombre entero. Es decir, "del hombre que participa con todas sus cualidades, talentos, opiniones, ideas, gustos, sentimientos, pasiones, etcétera, de su personalidad" (130).

Finalmente, una idea más que enriquece el tema: suponiendo que, como hasta aquí hemos reseñado, la vida cotidiana es la trama de significados socializados intersubjetivamente entre los actores a fin de asegurar su propia existencia y la reproducción de la sociedad, una trama de la que se desprenden un conjunto muy diverso de actividades, ¿qué impide pensar, como se pregunta el autor, que éstas no sean equivalentes "a lo que en sociología se denomina llanamente *acción social*?" (131). De este razonamiento Estrada infiere que la vida cotidiana es también el marco natural de la "acción social" que, como ya sabemos, concierne a la reproducción de la existencia particular y colectiva.

Al término de este apartado, el autor nos proporciona una síntesis de los planteamientos de Schütz y Heller por él expuestos, e interpretando una postura de esta última, sintetiza una acepción muy completa del término: "Al igual que Schütz y Grathoff, Heller entiende la vida cotidiana como un *proceso de formación del mundo propio* de los actores sociales, dentro del marco más amplio que es la sociedad. Un mundo que construyen individual y colectivamente a través, por un lado, de las herramientas y los medios que encuentran ya *predados* en su mundo de vida (...) y, por el otro, de las experiencias personales y sociales particulares para "definir su situación" (...) y las interacciones y relaciones sociales en las que día a día toman parte..." (133). Esta doble función de la vida cotidiana permite al autor agregarle un último atributo, que llama de la "doble apropiación": ser la esfera del ámbito de la realidad (donde opera el "ambiente inmediato") y, al mismo tiempo, ser la esfera del espacio social. Es en la primera donde los actores "pueden comunicarse con y ser comprendidos intersubjetivamente —a través del uso del lenguaje natural— por los otros", y es en la segunda donde "pueden actuar en concierto, llevar sus negocios y producir y reproducir su existencia individual y colectiva" (loc). Así, el concepto propuesto por Estrada contiene dos momentos estructurantes: el de la (re)producción simbólica y el de la (re)producción material de lo social.

2.3. Vida cotidiana y conciencia para sí

Ahora bien, el texto de Sánchez Ramos saca al particular de su vida cotidiana y lo proyecta en el todo social como un sujeto colectivo. Su tema no se refiere, pues, al análisis de la vida cotidiana *per se*, sino cómo ésta juega un papel activo en la construcción del cambio y en la construcción social del sujeto. De hecho, su principal preocupación está referida a la necesidad de los sujetos sociales de "construir organizaciones y su acción para incidir en una realidad determinada" (220). Asumiendo una postura de *izquierda*,¹⁹ la autora supone la existencia de un sujeto colectivo en la región latinoamericana que puede ser analizado "desde su acción en el presente" en función de moldear un futuro inmediato. Así, su trabajo analiza la acción social que busca un cambio en el estatus social. Digamos acciones sociales que reproduzcan *de otra manera* al todo social.

Para ello parte del análisis de la clase social y del concepto "movimiento social", pues mediante tales es posible, desde una perspectiva marxista, abordar el tema del cambio social. Hace un repaso de cómo el término *clase social* se anquilosó en un esquema que, poco a poco,

¹⁹ Como la autora no aclara lo que significa "asumir una postura de izquierda", y como en México el término "de izquierda" ha visto pulverizado su significado al paso del tiempo de tal forma que en el ámbito político ciertos actores que hoy se dicen de izquierda defendieron en el pasado posiciones de derecha o institucionales, definiremos aquí la expresión como "estar comprometida con el cambio social en función de los más necesitados" (N. de los A.)

cedió su lugar al de *movimiento social*, en la medida en que las transformaciones sociales de los décadas recientes (en la región de estudio) han sido explicadas mediante el análisis generalizado de múltiples casos donde las organizaciones de clase no son actores: "en el caso de América Latina, los primeros usos del concepto movimiento social daban cuenta de fenómenos de acción colectiva distintos de los sindicatos o partidos políticos, o algunas otras formas organizativas tradicionales" (loc).

Durante un tiempo, afirma, el término se usó de una manera poco crítica, y daba cuenta por lo general de movimientos sin estructura organizativa, con motivos coyunturales o reivindicativos. Movimientos que no se proponían la toma del poder y que eran más bien efímeros o marginales, sin una estructura ni programa de clase. Sin embargo, a la par de esta tendencia de uso del término hubo otra que, sin rechazarlo, adoptó una postura crítica del mismo y, de paso, buscó también *resignificar* el concepto de clase social. Aunque la autora no cita ni autores representativos ni fechas o casos de estudio, es posible suponer que esta búsqueda coincidió con el desgate de la teoría marxista en las décadas finales de la guerra fría (70s, 80s), al menos en su versión estructuralista (Althusser, Poulantzas, Balibar, Hanecker) como hemos anotado en otro momento.

Así, junto con el de la clase social, el término fue sometido a diversos análisis críticos donde el tema central fue (y sigue siendo) el sujeto colectivo organizado. A la cuestión sobre qué for-

ma social es más idónea para la promoción del cambio en función del momento histórico, si la clase o el movimiento, la autora sostiene que tal debate resultó falso, pues son términos complementarios en la medida en que de los debates sobre sus resignificados se obtuvieron perspectivas que los enriquecieron, los actualizaron y los hicieron vigentes. Por ejemplo, el análisis desde la perspectiva de las clases sociales "permite la incorporación de elementos esenciales para la comprensión del fenómeno de la movilización social", exigiendo "la referencia *imprescindible* del marco estructural concreto (modelo económico específico) en que se mueven los sujetos, así como la referencia también al marco político en que se desarrolla el conflicto (estructura de poder) y del cual forman parte, con mayor y menor conciencia, los sujetos sociales" (223, cursiva nuestras).

Y desde la perspectiva de los movimientos sociales (y, en nuestra opinión, aquí radica una gran aportación del texto), ésta abrió el camino "a la incorporación de elementos que no tomaba en cuenta (o lo hacía en un grado extremadamente menor) el análisis estructuralista de las clases sociales", es decir el "relevamiento de espacios analíticos concernientes a la vida cotidiana al mundo de las necesidades, al papel de los imaginarios, al proceso de construcción de identidades, en fin, a todo aquello que involucra al ámbito de la cultura e integra visiones provenientes de la antropología, la semiótica e incluso, a la psicología social y política, sólo por mencionar

algunas" (loc). En fin, para la década de los 90s quedaba claro, de acuerdo con la autora, que ambos conceptos "atañen a una sola realidad, esto es, a aquella que da especificidades a los sujetos y en la que éstos pueden ejercer su potencialidad para el cambio" (loc).

Enfocada así la cuestión, la pregunta central que se plantea es hacia dónde orientar la investigación del sujeto colectivo organizado y, en su caso, hacia dónde dirigir el carácter de sus acciones u organizaciones, si en la parte cualitativa propia de los movimientos sociales obviando el análisis de clase, o en la parte estructural que imponen las relaciones sociales de producción. O bien, ¿cómo incorporar una perspectiva con la otra, sin diluirlas entre sí o perdiendo los énfasis propios de cada una de ellas? ¿Se puede hacer un análisis concienzudo de la vida cotidiana sin perder o desdibujar el peso de la estructura económica? La autora resuelve esta cuestión advirtiéndonos sobre la teoría que adoptemos para tales fines. Sostiene que ésta debe proporcionarnos herramientas útiles de análisis que lejos de establecer *aprioris* o determinaciones, contrasten los conceptos con los eventos reales, de tal suerte que en la medida de su acierto o no resulten validados o modificados.

En todo caso, nos advierte también sobre la moda reciente de fragmentar el todo social en innumerables organizaciones y movimientos sociales sin vínculos entre sí, ni con el contexto general de una sociedad históricamente determinada. Sostiene que tales esfuerzos desconocen al fenómeno

organizativo y de movilización social "como un proceso, independientemente de las expresiones particulares que asuma en la coyuntura" (228). En esta afirmación quizá radique la principal contribución del artículo, pues supone que los movimientos sociales no pueden verse en abstracto, desligados del contexto y del todo social, que cuentan con una historia que no necesariamente se remonta a los "antecedentes", ni a los eventos cruciales ni a las fechas ni a los nombres. En sus propias palabras: "Si asumimos que un espacio específico (una formación social) está cruzado por otros espacios (regionales, mundiales), y si también consideramos que no existe un tiempo sino muchos tiempos que condicionan "el presente", abriríamos el análisis a una visión de proceso donde lo aparentemente novedoso tiene una historia que el sujeto social recupera y un futuro que puede (y es) construido por éste" (229).

En ese abrir del paradigma la autora acierta al incluir el papel que juega la memoria colectiva en los procesos organizativos y de movilización. Ésta, que hace referencia a la vida cotidiana en tanto el crisol que la trasmite, socializa y difunde entre los actores, resulta vital para el análisis de los procesos organizativos del sujeto social. Como podrá observar el lector, se empatan aquí entonces los tres textos referidos: de campo natural de la reproducción del particular y de la propia sociedad, la vida cotidiana deviene ahora en el vehículo que promueve y difunde un pasado histórico. Es ahí donde el pasado es recuperado mediante una reconstrucción colectiva y anónima. Y es este pro-

ceso de reconstrucción del pasado en el presente, difundida mediante la memoria colectiva,²⁰ que el analista debe considerar a la hora del análisis del cambio social, de sus organizaciones y movilizaciones. Como dice la autora: "Precisamente en el plano de los procesos organizativos, el sujeto social construye nuevos marcos de referencia y, en esa acción, rescata el pasado resignificándolo para y por el presente" (232).

Esta cuestión es importante en tanto que la resignificación permite al sujeto recuperar una *parte* de la historia: aquélla que le permita potenciar acaso nuevas formas de lucha, organización y resistencia. Esta selección misma de la memoria histórica bien podría incluso equipararse a la toma de conciencia: "Situados en posiciones distintas, estaríamos abordando el mismo problema: el proceso por el cual un grupo o sector social es consciente del presente que vive, comparándolo con el pasado una vez que éste ha sido resignificado. El ámbito de la *memoria colectiva* aporta elementos para detectar aquellos mecanismos concretos mediante los cuales se da eso que, desde otra perspectiva conceptual, sería la toma de conciencia" (233). Aquí se unen dos escalas: la de la vida cotidiana desde la que se promueve la memoria colectiva en una infinidad de micro-eventos, y la toma de conciencia que aquélla puede generar y que implica una visión de largo aliento que supone asimismo un macro-evento.

Esbozada así la cuestión, la autora termina su

²⁰ Como ya vimos en la primera parte de este trabajo

texto afirmando que la cotidianidad del sujeto social es un espacio diario de construcción al que el analista debe escudriñar, pues contiene la historicidad de los sujetos sociales, promueve la memoria colectiva como proceso de resignificación del pasado y traduce y da sentido a sus acciones del día. La propuesta final es, así, “no perder de vista las diversas dimensiones temporales y espaciales en las que los sujetos sociales se organizan y construyen su futuro, incluso desde su propia fragilidad como seres humanos” (237).

A manera de conclusión

La lectura de este artículo habrá cumplido su misión si el lector(a) logra extraer del mismo la idea de que el espacio urbano es una construcción social *definida* por la acción social de sus usuarios-sujetos-actores, más allá de sus características físicas específicas. O es, así, una categoría fija e inmutable, digamos al estilo de las variables independientes que existen fuera de la acción social, sino que sus diversas significaciones son asignadas por los sujetos en función de las acciones e interacciones sociales que en él tengan lugar. El tiempo histórico en el que éstas se dan permiten descifrar o hacer inteligible el *sentido* dado al espacio urbano en un momento dado, en la medida en que éste también constituye una construcción social. Así, no hay una lectura única del espacio. Hay lecturas, aproximaciones, interpretaciones, y el investigador tendrá que considerar necesariamente las determinantes históricas y culturales. El espacio urbano en tanto social y público es tam-

bién un espacio con historia y, por tanto, un producto cultural.

La estrategia de análisis que aquí hemos revisado, propia de una transdisciplina como los *Estudios Urbanos*, apuesta a que el sentido asignado al espacio urbano en un momento dado sea inteligible mediante las acciones sociales que soporta y anima, en tanto que éstas literalmente nos hablan de las intenciones de los actores. A lo largo de este artículo hemos visto cómo tales acciones pueden ser abordadas por el investigador mediante los testimonios de primera persona, o bien enmarcadas en una estructura primigenia que aquí hemos ubicado en la vida cotidiana. En uno y en otro caso el lenguaje, en tanto *acción comunicativa*, nos permite hacer un seguimiento preciso y confiable de sus propios contenidos. Precisamente por ello el investigador acude a un catálogo de metodologías cualitativas donde la representación simbólica del espacio es recurrente.

Es decir, la reducción (representación) del espacio a (en) una forma lingüística y a un mapa, ya un testimonio, ya una foto, una nota periodística, una referencia en un diario de viajes o en una carta personal, un croquis, un plano mental, una tarjeta postal, una leyenda o un monumento, etc.- le permite asirse de pruebas, digamos construir u obtener sus propios testimonios con los cuales argumentar su trabajo, sea éste descriptivo o interpretativo. Se acude así a una serie de documentos cualitativos, sostenidos o “respaldados” por lo que aquí hemos llamado “el paradigma del giro lingüístico”, entre los que des-

tañan las *historias de vida, las entrevistas a profundidad, los testimonios de primera persona, la foto-interpretación y los planos mentales*, quizá el arsenal metodológico más socorrido por nuestras investigaciones.²¹ La complejidad de las *fuentes* dependerá, a su vez, de la escala en las que éstas se ubiquen, aunque ya hemos dicho que es en el contexto de la vida cotidiana donde tienen su referente más inmediato. Se trata, en todo caso, de que estos documentos logren representar confiablemente las ideas que se tenían o se hacían los sujetos de su espacio urbano en un momento históricamente determinado.

Bibliografía

²¹ Dos excelentes ejemplos al respecto lo constituyen los trabajos de tesis de maestría (en Diseño – Estudios Urbanos) de María Esther Sánchez Martínez (2007) y Gabriela Adriana Victoria Jardón (2007). Mientras que la primera aborda el tema de la representación del espacio público desde la perspectiva de los discursos oficiales (analiza el caso de la Plaza de “La Constitución” de la ciudad de Tlaxcala), a partir no sólo de las cartografías y los planes urbanos institucionales sino también de los planos mentales de numerosos “informantes” ocasionales (de quienes recoge nombre y edad), la segunda realiza una extensa y bien documentada investigación sobre el *valor* cultural y simbólico de una vía pública (un auténtico fragmento de la historia del lugar que habla por la historia de la urbanización de la ciudad de México) que estructura la vida cotidiana en un fraccionamiento urbano enclavado en la colindancia entre el D.F. y el municipio de Tlalnepantla, mediante entrevistas a profundidad a vecinos representativos (por la edad o por los años de residencia), planos mentales a usuarios anónimos pero cotidianos, dibujos de niño que utilizan la vía como zona de recreo, testimonios de paseantes de mascotas y recuerdos personales entre otras técnicas de representación

- Louis Althusser (1963): *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI (11ª ed), 1971, 146 pp
- Marco Estrada Saavedra (2000): “La vida y el mundo: distinción conceptual entre mundo de vida y vida cotidiana”, en *Sociológica*, UAM-A, núm. 43, may-ago, pp 103 – 154
- Michel Foucault (1966): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (16ª ed), México, Siglo XXI, 1975, 375 pp (Cap. I: *Las Meninas*, pp. 13 – 25)
- Michel Foucault (1969): *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI (11ª ed), 1975, 355 pp
- Michel Foucault (1975): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI (11ª ed), 1975, 314 pp
- Éstor García Canclini (1990): *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Edit. Grijalbo, 391 pp
- Stuart Hall (1996): “Cultural studies: two paradigms”, en John Storey, editor: *What is Cultural Studies. A Reader*, New York, Arnold / Hodder Headline Group, pp 31 – 48.
- Stuart Hall, editor (1997): *Representation. Cultural Representations and Signifying Practices*, London, Sage Publications / The Open University (3ª reimp), 2000, 400 pp (Cap. I, inciso 5: *Where is the “subject”?*, pp 54 – 63)
- José Hernández Prado (2005): *Epistemología y sentido común*, México, CSH-UAM Azc. (2ª reimp), 2007, 164 pp
- Daniel Hernández Rosete (2000): “Cultura y vida cotidiana. Apuntes teóricos sobre la realidad como construcción social”, en *Sociológica*, UAM-A, núm. 43, may-ago, pp 87 – 102
- Thomas S. Kuhn (1962): *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica - Breviarios no. 213 (15ª reimp), 1999, 319 pp
- Milan Kundera (1978): *El Libro de la Risa y el Olvido*, México, Seix Barral, 327 pp

- Henri Lefebvre (1962): *Critique de la vie quotidienne II, Fondements d'une sociologie de la quotidieneté*, Paris, L'Arche, 1997, 357 pp
- Henri Lefebvre (1967): *La vie quotidienne dans le monde moderne*, Paris, Gallimard, Collection Idées [(1972): *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza Editorial, 255 pp]
- Alicia Lindón (2003): "La miseria y la riqueza de la vida cotidiana en la ciudad: el pensamiento de Lefebvre", en Revista Litorales, Año 2, n° 3, diciembre de 2003. <http://litorales.filo.uba.ar/web-litorales4/articulo-4.htm>
- Kevin Lynch (1960): *The Image of the City*, USA, MIT Press (27ª ed.), 2000, 194 pp
- Jean-François Lyotard (1988): "Rewriting Modernity", en *The Inhuman*, California, Stanford University Press, 1991, pp 24 – 35
- Marshall McLuhan (1964): *Understanding Media. The Extensions of Man*, New York, Signet Books (11ª ed.), 318 pp
- Jorge Morales (2004): "Presentación", en *Anuario de Espacios Urbanos 2004*, México, UAM / Azc – CyAD, pp 7 - 10
- Jorge Morales (2006): "Hacia una sociología crítica de los diseños: la cuestión del espacio como 'objeto cultural'. Dos aproximaciones empíricas: el centro comercial Plaza Fiesta (Atlanta, Georgia) y los festejos del 5 de mayo en Douglas Park (Chicago, Illinois)", en *Anuario de Espacios Urbanos 2006 – 2*, México, UAM / Azc – CyAD, pp 163 - 196
- Serge Moscovici (1961): *La psychanalyse son image et son public*, Paris, Presses Universitaires de France – PUF (2ª ed, revisada), 1976, 512 pp
- Eulogio Romero Rodríguez, editor (2004): *Representaciones sociales. Atisbos y cavilaciones del devenir de cuatro décadas*, México, BUAP – Facultad de Psicología, 294 pp
- María Esther Sánchez Martínez (2007): *La apropiación del espacio público a través de los programas de intervención urbana. Caso de estudio: la plaza de "La Constitución" en la ciudad de Tlaxcala* (inédito), México, tesis de Maestría en Diseño (Estudios Urbanos), UAM – Azc., División Ciencias y Artes para el Diseño, 204 pp
- Irene Sánchez Ramos (2004): "Sujetos sociales: historia, memoria y cotidianidad", en Irene Sánchez Ramos y Raquel Sosa, coords, *América Latina: los desafíos del pensamiento crítico*, México, Siglo XXI, pp 219 – 238
- Beatriz Sarlo (2005): *Tiempo pasado: cultura de la memoria y primera persona*, Buenos Aires, Siglo XXI, 168 pp
- Ana Soage (2006): "La teoría del discurso de la escuela de Essex en su contexto histórico", en *CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación* (Clac), España, Universidad Complutense de Madrid, num. 25, pp 45 – 61
- Charles Taylor (1994): "The Politics of Recognition", en Amy Gutman, editor: *Multiculturalism: examining the politics of recognition*, New Jersey, Princeton University Press, pp 25 – 73
- Charles Taylor (2001): "Two Theories of Modernity", en Dilip Parameshwar Gaonkar, *Alternative Modernities*, USA, Duke University Press, pp 172 – 196
- Silvia Valencia Abundiz, coord. (2006): *Representaciones sociales. Alteridad, epistemología y movimientos sociales* (prólogo de Serge Moscovici), México, Universidad de Guadalajara - Maison des Sciences de L'Homme, 228 pp
- Gabriela Adriana Victoria Jardón (2008): *Apropiación simbólica del espacio público de uso cotidiano: el caso del boulevard de Isla de Concepción, fraccionamiento Prado Vallejo* (inédito), México, tesis de Maestría en Diseño (Estudios Urbanos), UAM – Azc., División Ciencias y Artes para el Diseño, 238 pp